



"El Dr. Ferrán sangrando un caballo para la obtención de sueros." y "El Dr. Ferrán en su mesa de trabajo, acompañado de su auxiliar Sr. Grove."
1907, n.º 1.355, p. 815.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LIBROS DE MODA

Voy á hablar de un libro que rápidamente se ha puesto de moda; que es el más visible en los escaparates de París, con su blanca cubierta y las letras negras y grandes de su breve título, elegido con habilidad suma. Un libro que, en estos tiempos de indiferencia, en que se publican muchos buenos libros y apenas habla de ellos nadie, ha conseguido romper la costra de hielo; del cual habla Valera con envidia dulce y noble; que se vende como pan bendito, y del cual renuevan diariamente los libreros la provisión dos ó tres veces. Me refiero á la novela de la época neroniana *Quo vadis?*, de Sienkiewicz.

La compré para entretener el tedio del viaje, esas horas en que no se sabe qué hacer del tiempo, y casi sentía llegar — con todo lo que se desea salir del cautiverio del vagón — porque me faltaban algunos pliegos de lectura. El interés se había despertado, y no era interés bastardo, del que provocan los acontecimientos y los enredos complicados y absurdos, no: era legítimo interés de lector que aprecia, en primer término, el sabor literario de una obra. Las descripciones, el estudio de los caracteres, me habían cautivado hasta el punto de que, recién llegada, cansada, deseosa de dormir, todavía tardé en apagar la luz y seguí leyendo.

La novela es larga. Aunque no molesten cuando se lee á gusto, yo advertía las dimensiones del libro. La acción se desarrolla sin prisa, sin digresiones impertinentes, porque todo concurre al efecto. Cuando terminé y recobré sus derechos la crítica y quise darme cuenta de las razones que hacen tan atractiva la novela de Sienkiewicz, se me figuró que una de las más poderosas es que ese polaco viste con ropa nueva cosas antiguas.

Me explicaré. El espíritu humano no goza, al pronto, con lo nuevo; al contrario, lo repele. Adquiridos ciertos hábitos, cuéstate mucho trabajo perderlos. Sufre al desahirse de lo que le perteneció. Se encarna con las ideas. No las suelta á tres tirones. Esto explica la supervivencia de infinitas cosas que ya nadie tiene por buenas, y á las cuales sin embargo nadie renuncia.

En literatura hay todavía personas que no han sacado del período romántico. En música se oyen acaloradas defensas de la italiana, de Bellini y Donizetti. En cualquier ramo es fácil la observación; las ideas y los gustos estéticos tienen siete vidas.

No obstante, hay un aguijoncillo que estimula á la novedad. Mortifica ignorarla, y seduce conocerla. Entre estas dos tendencias naturales, tiene seguro el triunfo un autor que, como Sienkiewicz, sepa conciliar con arte la innovación y la tradición. Por ésta se le perdona aquélla. Por aquélla se remozca ésta, y adquiere aire de juventud.

Sienkiewicz se acordó del éxito de *Fabiola*, de Wiseman, drama psicológico muy tierno y bien estudiado, y volvió á *Fabiola* del revés. En la novela del ilustre cardenal es la mujer, orgullosa, fría y empedernida en el paganismo, la que se convierte al ver sufrir martirio al hombre á quien acaso amaba en secreto; en *Quo vadis?* es el hombre, Vinicio, quien abre

los ojos al cristianismo con el ejemplo y los sufrimientos de la mujer adorada, Licia. Naturalmente el estilo, el arte de novelar, son diferentísimos en Sienkiewicz y en Wiseman. Como que el polaco ha tomado por modelo á Gustavo Flaubert, en *Salambó*. Aquella minuciosidad arqueológica, aquel estudio concienzudo del ambiente, que en *Salambó* llega á causarnos la ilusión de la realidad histórica evocada y saliendo de la tumba, brillan también en *Quo vadis?* La tarea es más fácil; Roma es más conocida que Cartago. De Roma, de la Roma de los Césares, y sobre todo de Nerón, se ha escrito hasta la saciedad. Los documentos abundan. En esto mismo anduvo hábil Sienkiewicz. Agradece más lo ya familiar, lo que no causa inusitada extrañeza.

De los tiranos de Roma, el más pintoresco es Nerón. Sus crímenes y sus caprichos tienen un color de arte y de refinamiento poético y bárbaro á la vez. Nerón se presta. Sienkiewicz lo sabía y tenía ejemplos de ello. Cuadros, estatuas, poesías, libros, le daban el patrón y el modelo que imitar con soltura, con esa flexibilidad del esclavo que se presta á todo. Las cenas de Nerón, las crueldades de Nerón, los amores de Nerón, los cánticos de Nerón..., tema muy explotado, pero todavía capaz de inspirar y de despertar el sentimiento. El grupo que más llama la atención del público este año en París, en la sección de escultura, es una composición neroniana, una orgía de la época de *Quo vadis?*, semejante á la descrita en *Quo vadis?*

Con más frescura, con una maestría que Sienkiewicz no llega á superar, pintó Alejandro Dumas la época neroniana en la preciosa novela *Actea*. De *Actea* y de *Fabiola* procede *Quo vadis?* No lo digo para quitarle mérito. Es que en literatura no hay planta que nazca sin semilla. Todo tiene precedentes. La originalidad consiste en el sello personal, no en decir algo que jamás se haya dicho — ¡porque se ha dicho tanto y tanto!

Hay fortuna y desdicha para las novelas. *Actea*, que es una de las mejores de su autor, no tiene mucha fama. Yo la he leído varias veces, siempre con gusto. También cuento entre los predecesores de *Quo vadis?* otra novelita, *Marcia*, de Madame Bourdon; y puede contarse el poema *Moenis*, de Luis Bouillet. Registrando y recordando aparecerían más abuelos y padres de la felicísima novela de Sienkiewicz. Repito que el trabajar sobre lo conocido, es llevar mucho adelantado para agradar á la inmensa mayoría de los que leen.

Por otra parte, *Quo vadis?* ha conseguido recomendación en las familias cristianas, lo cual prueba que se difunde el buen gusto y hasta cierta libertad, pues la novela, aunque de asunto tan elevado y edificante, tiene cuadros muy vivos. La orgía en el palacio imperial y los amores de Petronio con la vestíplice pueden contarse en el número. Yo encuentro en esta novela que los caracteres de mujer son menos verdad que los de los hombres. El de Petronio (que, por dentro, es el verdadero héroe del libro) me parece superior á toda alabanza. Tiene además el mérito de no parecerse á ningún personaje de *Fabiola* ni de *Actea*. Petronio es una cara conocida, un literato de nuestro siglo. Traedle al boulevard, introducidle en un círculo artístico ó intelectual de París, y no se sorprenderá poco ni mucho. Ha visto, desde la Roma de Nerón, la humanidad entera, con sus vicios y sus elevaciones espirituales. Lo sabe todo.

Vinicio también es un hombre real, lleno de vida. La pasión, la divinidad poderosa que le domina y le impulsa á sacrificar su posición, sus ideas, su vida, á una mujer, ó más bien á un ideal, está estudiada con admirable destreza. Como Mato, el héroe de Flaubert, Vinicio, desde que la pasión le toca con su dedo de fuego, lo olvida todo: nombre, gloria, patria; espíritu de conquista, disciplina militar, y sólo piensa en la aparición misteriosa que turbó sus sentidos. Es la locura mansa y oculta del amor, que no se diagnostica, según la ciencia, pero que, en realidad, trastorna el alma como trastorna el cerebro un veneno sutil ó un generoso licor. Es el bebedizo, las hierbas mortales en que la Edad Media, feliz al expresar por imágenes y mitos los pensamientos, simbolizaba la fiebre amorosa. De locos como Vinicio no digamos que esté lleno el mundo, pero hay algunos, bastantes, y nadie conoce, al ver su apariencia tranquila, que son presa de una vesania. Vinicio es un demente. En realidad, si leemos despacio el libro, damos la razón al experto Petronio: Vinicio jamás se convierte: jamás es cristiano: únicamente es un enamorado, cuya pasión ha ido depurándose al influjo de trágicas y terri-

bles circunstancias, que hacen del brillante tribuno militar el manso neófito.

Otro libro de moda, las *Memorias de una doncella de labor*, por Octavio Mirbeau. ¡Qué diferente de *Quo vadis?* Este es el libro malsano, el libro que nadie confiesa, el libro que deja amargo sabor. En él se recuentan las torpezas y las ignominias de la sociedad actual (que, me inclino á creerlo, serán muy semejantes á las de cualquier sociedad de cualquier época que eligiésemos. Acaso sean menores. En esto soy optimista). Pero ya se sabe que ciertas clases sociales ven más de cerca la miseria humana, y entre estos observadores necesariamente crueles, si la caridad ó la filosofía no suavizasen la observación, figuran los médicos, los confesores y los servidores. El servidor es como un mueble: ante él nadie se recata. Si al confesor se le abre la conciencia, al servidor se le deja por hábito de par en par. Los servidores asisten á todo, se enteran de todo, y mudos como esfinges presencian, sin que su opinión se consulte, ni se respete su sensibilidad moral, lo mismo que no se tiene en cuenta su organización física. Así como se les ordena hacer lo que el amo no quiere hacer en persona, se les impone el espectáculo de miserias que los amos pueden aparentar que no ven. Y el silencioso lacayo ó la callada y sonriente doncellita, sin embargo, son gente, tienen oídos y ojos.

Así es que, cuando se deciden á tener lengua, cuentan maravillas. Muchas veces serán maldicientes, serán infames delatores ó interesados espías; otras son los testigos más sinceros y menos recusables. Hay de todo. No siempre los amos miden altura moral superior á la de sus criados. Hasta se dan casos en que estos últimos son más corteses y más cultos que los que los pagan. Yo conocí á cierto señor (empingorotado y con sus dosis de pretensiones literarias y además aficionado á hacer chistes flamencos), que una vez quiso tener un criado al alta escuela, y lo encargó á Londres, ni más ni menos que si se tratase de un impermeable ó de un juego de tijeras. Le enviaron el inglesito, muy atildado de patillas y muy derecho de cuello; uno de esos servidores que adornan una antesala, más que la adornaría una armadura antigua. ¡Qué cosas vería el servidor, que á los dos meses se despidió y se volvió á las orillas del Tamesis! Y cuando le preguntaron la razón, respondió con un gesto indescriptible, un movimiento de ojos y de labios casi insignificante, pero en que había mundos de desdén: «¡No es lo bastante gentleman para que yo le sirva!»

Es probable que el inglés tuviese razón. Tampoco á mí me parecía gentleman aquel señor, con sus cuantos verdes ó sucios y sus familiaridades de malísimo tono. Pero aun entre los que en público disimulan y parecen la quinta esencia de la cortesía, ¡qué de revelaciones en el trato interno! ¡Qué berrugas, qué aspectos del carácter descubiertos con el roce del tiempo y de la libertad! Así como mucha gente cree que en casa no existe otro calzado sino la babucha vieja, hay quien, en la vida doméstica, considera que la grosería y la brutalidad es una de las formas de la comodidad y el descanso. Y los que así entienden la vida, dan á sus criados un espectáculo que inspira libros como el de Mirbeau, aunque no lleguen á escribirse estos libros. ¡Si los amos pudiesen oír las conversaciones de antesala y cocina! ¡Si al caer la máscara artificiosa del respeto en presencia pudiesen darse cuenta de lo que sale á la superficie!

De cualquier modo, el consuelo está en recordar que ni estas son cosas nuevas, ni dejarán de ser actuales mientras exista el mundo, á no ser que se obtenga una total modificación del servicio doméstico aplicando á la vida diaria el principio escrito al frente de los *restaurants* automáticos en París: «Sírvele á ti mismo.» Servirse á sí mismo, es el ideal. Con esto, y con que se logre también instalar las cocinas colectivas y no sea necesaria la cocinera, ni la inspección de la compra, ¡qué ventaja para las amas de casa! El milagro vendrá, como otras muchas cosas, de los Estados Unidos, donde ya parece medio resuelto el problema. Substituir al hombre con la máquina, nunca sería más conveniente que en este caso. Díganlo cuantos lean la última obra del autor de *El calvario* y la mediten.

EMILIA PARDO BAZÁN.